

Fuera de Belén

*“¿No dice la Escritura:
Del linaje de David, y de
la ciudad de Belén, donde
estaba David, el Cristo
vendrá?”*

— *Juan 7:42*

NUESTRA PRIMERA escritura fue pronunciada por las personas de la época de Jesús que habían visto sus grandes milagros y escuchado sus enseñanzas de amor, bondad y esperan-

anza. Al afirmar que Cristo, el Mesías, vendría de Belén, sin duda recordaron las palabras proféticas de Miqueas, quien escribió: “Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti saldrá él que ha de ser gobernador en Israel, cuyas salidas son desde siempre y desde la eternidad”. —Miqueas 5:2

De hecho, se anunció que la noticia más importante de todos los tiempos procedía de Belén. Esta información fue el más brillante de todos los mensajes en la noche oscura de pecado y muerte de este mundo. Fue el anuncio del nacimiento de Jesús. Ningún otro acontecimiento ha cambiado tanto el curso del mundo ni ha dado a tantas personas un rayo de esperanza para el futuro. Para los seguidores de Jesús, ha sido una esperanza que los ha consolado y sostenido durante su camino cristiano.

NOTICIAS DE GRAN ALEGRÍA

Las circunstancias asociadas al nacimiento de

Jesús fueron inusuales. Destinado a ser “El Príncipe de la Paz” y el rey de toda la tierra, nació en un establo. (Isa. 9:6,7) El mundo en su conjunto sabía poco o nada de lo que estaba sucediendo; sin embargo, la venida a la tierra del Hijo de Dios fue anunciada por un ángel, quien dijo a los pastores en los montes de Judea: “No teman porque, he aquí, les traigo buenas nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo. Porque ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor”. Y luego el ángel, junto con una “multitud de las huestes celestiales”, alabó a Dios y dijo: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz, buena voluntad para con los hombres”. — Lucas 2:10-14

¡Qué introducción al mundo fue esta y con qué autoridad fue dada! Estaba lleno de esperanzas de paz y vida para toda la humanidad —“buenas nuevas de gran gozo”— porque había nacido un salvador, alguien que había venido a salvar a la humanidad del pecado y su castigo, la muerte. No es de extrañar que las huestes del cielo clamaran: “¡Gloria a Dios en las alturas!”.

SURGEN DIFICULTADES

Sin embargo, este que nació para ser rey pronto se enfrentó a dificultades. Sus padres recibieron instrucciones de huir con el niño a Egipto para salvarlo de la ira de Herodes. Desde el comienzo de su breve ministerio, fue odiado y perseguido por los líderes religiosos de su propio pueblo. Finalmente, fue ejecutado en una cruz. Unos años más tarde, la nación a la que Jesús ministró, en lugar de entrar en una era de paz debido a su venida, fue expulsada de su tierra, y el pueblo se dispersó por toda la tierra y, luego, fue amargamente perseguido.

Sin embargo, debemos tener confianza en las promesas de Dios y no debemos temer. Cualesquiera que

sean las noticias diarias durante todos los días de nuestras vidas, podemos regresar con seguridad a esa fecha de Belén y recordar el anuncio que vino del cielo de que un salvador y futuro rey había nacido en Belén, la ciudad de David, y que esta buena noticia sería para todas las personas en el debido tiempo de Dios.

MUCHOS ACEPTAN A JESÚS

A medida que se desarrolló la era cristiana actual, muchas personas y naciones comenzaron a aceptar a Cristo y profesaron practicar sus enseñanzas. Sin embargo, resultó que gran parte de esto era solo de nombre. En lugar de promover la paz en la tierra y la buena voluntad hacia sus semejantes, se hicieron la guerra unos a otros, a menudo en el nombre de Cristo. Algunos de los conflictos más sangrientos de este período fueron librados por naciones que profesaban ser cristianas bajo el estandarte de la cruz.

Apenas ha habido un momento desde el nacimiento del Príncipe de la Paz en el que el mundo, o alguna parte de él, no haya estado plagado de guerra o del miedo a la guerra. Asimismo, el llamado avance de la civilización durante los últimos siglos no ha cambiado materialmente este panorama. Incluso ahora, cuando el año 2023 llega a su fin y muchos en el mundo conmemoran el nacimiento de Jesús, millones se preguntan si el anuncio de los ángeles sobre la paz y la buena voluntad entre la humanidad se realizará alguna vez y cuándo.

El conflicto en curso debido a la invasión rusa de Ucrania ha provocado conmociones en todo el mundo. Tanto el pueblo como los líderes mundiales temen que Rusia aumente su deseo de conquista y expanda sus ataques a otros países vecinos. Luego está el temor entre las naciones más distantes de que de alguna manera se

vean arrastradas al conflicto por un lado o por el otro. Finalmente, considerando la imprevisibilidad del presidente ruso, existe la posibilidad siempre presente de que opte por utilizar armamentos nucleares como muestra de poder y control. Ciertamente, las noticias que llegan en la actualidad a esta parte del mundo están lejos de ser un mensaje de paz y de buena voluntad.

FALTA DE PAZ

La descripción anterior del actual conflicto Rusia-Ucrania es solo un ejemplo que señala el estado actual de las cosas en el mundo, en el que las “buenas nuevas” rara vez forman parte de las noticias del día. Sin embargo, no concluyamos de esto que el propósito de la venida de Jesús a la tierra haya fracasado, o que su cumplimiento se haya retrasado de alguna manera. Las nubes de tormenta de la pasión humana que se ciernen sobre el mundo angustiado y lleno de miedo hoy son el resultado del fracaso humano. Esto fue predicho por Dios y predicho en la Biblia. Lo ha permitido para que la raza humana se dé cuenta de que la única manera de salir de su confusión y perplejidad es mirándolo a él. —Lucas 21:25-28

Una de las enseñanzas básicas de la Biblia es que la “paz en la tierra” proclamada por los ángeles cuando nació Jesús debe realizarse mediante el establecimiento del reino de Cristo. Esta gran verdad se perdió de vista en gran medida durante gran parte de la era cristiana. Gradualmente, se adoptó el punto de vista de que el reino de Cristo debía establecerse mediante esfuerzos humanos, con la idea de que todo lo que Dios se había propuesto hacer por la raza humana dependía de los esfuerzos de los hombres que trabajarían y lucharían en el nombre de Cristo. Cuán limitado es suponer que el gran Dios del universo, el Creador del cielo y de la tierra, dependería de los

esfuerzos débiles, imperfectos y equivocados de sus siervos humanos.

El mundo cristiano ha hecho sus mejores intentos para establecer el reino de Cristo, pero sus resultados deficientes y, a menudo, atroces son los que vemos hoy en toda la tierra. El fracaso está estampado en todos los monumentos levantados y en la historia escrita, que atestiguan la locura y el egoísmo humanos. Sin embargo, para quienes tienen fe en las promesas y profecías de la Biblia, el mensaje alentador es que Dios hará por la raza humana lo que ella no ha podido hacer por sí misma.

LAS PROMESAS DE DIOS

Recordemos algunas de las promesas en las que Dios nos da esta seguridad. Una de ellas se encuentra en la profecía de Isaías, mencionada anteriormente en parte, relacionada con el nacimiento de Jesús y su futuro gobierno como rey del mundo. “Un niño nace entre nosotros, un hijo nos es entregado, y el gobierno recaerá sobre su hombro; y su nombre será Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la Paz. Del aumento de su gobierno y de la paz no habrá fin, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y establecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto”. —Isa. 9:6,7

Hay dos declaraciones en esta profecía del nacimiento de Jesús a las que muchos no dan la debida consideración. Una es que el gobierno aquí prometido estará sobre “su hombro”. La otra es que “el celo del Señor de los ejércitos hará esto”. En el texto hebreo la palabra “SEÑOR” denota Jehová o Dios Todopoderoso. Así se enfatiza el hecho de que Dios asume la responsabilidad del cumplimiento de esta promesa. En otras palabras, Cristo asumirá en sus hombros la comisión del exi-

toso establecimiento y funcionamiento de su reino, y el celo de Jehová garantiza los resultados.

EL REINO DE CRISTO

Durante siglos, los cristianos han estado tratando de establecer el reino de Cristo por su propio celo y no por el de Dios. De maneras tortuosas también se han esforzado por asumir ellos mismos la responsabilidad de establecer y gobernar el reino de Cristo, pero este arreglo no trajo paz a la Tierra. En cambio, fomentó persecuciones crueles y guerras sangrientas para forzar la conformidad. Este no fue el celo del Señor de los ejércitos, sino la obra de individuos y grupos ambiciosos cuyo fervor era contrario a la voluntad y al plan de Dios. Tenían “celo de Dios, pero no conforme a conocimiento”. —Rom. 10:2

El reino de Cristo no se establece mediante intrigas y diplomacia humanas. Esto es cierto tanto en el pasado como en el presente. Su función no se logrará mediante equilibrios de poder provocados por la amenaza de destrucción mediante el uso de armamentos nucleares u otros medios concebidos por el ser humano. En cambio, el reino mesiánico se establece mediante la intervención divina en los asuntos de los hombres y, afortunadamente, a pesar de todos los esfuerzos equivocados impulsados por el egoísmo humano.

En la profecía de Miqueas se nos da esta seguridad. “Durante los últimos días, acontecerá que el monte de la casa de Jehová será establecido como cabeza de los montes y será exaltado sobre las colinas; y las personas fluirán hacia él. Y vendrán muchas naciones y dirán: ‘Vengan, subamos al monte de Jehová y a la casa del Dios de Jacob; y él nos enseñará sus caminos y andaremos por sus sendas; porque la ley saldrá de Sión, y la palabra de Jehová, de Jerusalén. Y juzgará entre muchos pueblos, y

reprenderá a naciones fuertes desde lejos; y convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni aprenderán más de la guerra. Cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera; y no habrá quien los atemorice, porque la boca del Jehová de los ejércitos lo ha dicho”. —Miq. 4:1-4

EL REINO DE DIOS A TRAVÉS DE ISRAEL

Comenzando con David, los reyes de Israel gobernaron como representantes de Dios, con la sede del gobierno en el monte Sión en Jerusalén. (1 Reyes 2:11; Sl. 135:21) Por lo tanto, para el pueblo de Israel, la “montaña de la casa del Señor” fácilmente se entendería como el reino de Jehová, que funciona mediante una casa gobernante designada en forma divina. La casa gobernante de David fue emblemática de esta montaña predicha. Sin embargo, esta casa gobernante dejó de funcionar con el derrocamiento del último rey de Judá, Sedequías. Una profecía del momento declaró que ya no existiría “hasta que venga aquel a quien corresponde el derecho”. —Eze. 21:25-27

Aquel “con derecho” nació como un bebé en un establo en Belén. En la anunciación a María, el ángel Gabriel dijo: “No temas, María, porque has hallado favor ante Dios. Y, he aquí, concebirás en tu vientre, darás a luz a un niño y lo llamarás JESÚS. Será grandioso y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Y él reinará sobre la casa de Jacob para siempre; y su reino no tendrá fin”. —Lucas 1:30-33

Esto está en consonancia con la profecía de Isaías citada con anterioridad, la cual, recordemos, decía que este “Príncipe de la Paz”, Cristo Jesús, se sentaría en el trono de David, para ordenar, establecer y gobernar en el

reino de su Padre con juicio y justicia para siempre. Así es como Jesús llegó a ser la cabeza de la divina casa gobernante de Dios. A partir de su ministerio terrestre, comenzó la selección y la preparación de un grupo llamado del mundo humano para ser coherederos con él de esta casa gobernante. Mediante la engendración y el nacimiento del Espíritu Santo, se los hace miembros de la familia divina con Jesús. —Rom. 8:14-17; 1 Juan 3:1,2

SELECCIÓN DE LA CASA REAL

Durante un tiempo, la oportunidad de llegar a ser parte de esta casa real de hijos estuvo limitada a los descendientes naturales de Abraham. Este era el pueblo de Dios a quien se habían hecho las promesas originalmente, y fue entre ellos donde Jesús dirigió su ministerio. A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. (Juan 1:12) Sin embargo, un número insuficiente de la nación judía respondió a este llamado, por lo que más tarde, a través del mensaje del Evangelio, la invitación se extendió a los gentiles. — Hechos 13:46-49

La obra de reunirlos y prepararlos para vivir y reinar con Cristo ha continuado a lo largo de la era cristiana. Como cada uno, a través de un juicio, ha demostrado ser digno, ha dormido en la muerte para ser despertado al fin de la era en la “primera resurrección” para vivir y “reinar con él [Cristo] mil años”. (Rev. 20:6) Así como Jesús fue resucitado de entre los muertos por el gran poder de Dios al principio de la era, así sus coherederos son resucitados al fin de la era. Se unen a Cristo para formar el “monte de la casa del Señor” espiritual y todopoderoso que está establecido en la “cima de los montes”, es decir, dominando todos los asuntos de los hombres.

Una de las razones por las que los hombres han

entendido mal el plan de Dios es que no han tenido en consideración su gran poder. Al pensar que se ha limitado a lo que los humanos débiles e imperfectos son capaces de lograr en su nombre, parece que el propósito divino ha fracasado. Sin embargo, por el contrario, Dios tiene abundante poder para lograr sus propósitos a pesar de los esfuerzos de la humanidad caída en direcciones opuestas. —Isa. 55:10,11

Un buen ejemplo de esto es el caso de Jesús. Nació para ser rey y para sentarse en el trono de su padre, David. Los gobernantes religiosos de su época lo odiaban y, finalmente, lograron que lo ejecutaran, siendo uno de los cargos en su contra el de afirmar ser rey. (Mat. 21:4-9; Lucas 23:38) Mataron al Rey, pero esto no frustró el propósito divino centrado en él. De hecho, era necesario que Jesús muriera para redimir al mundo de la muerte, y Dios lo resucitó de entre los muertos. —Hechos 2:22-36

El significado de esto, en lo que se refiere a las promesas de Dios relativas a la casa gobernante de David, nos lo señala el apóstol Pablo en un sermón predicado en Antioquía. “Les declaramos las buenas nuevas, que la promesa que fue hecha a los padres, Dios nos la ha cumplido a nosotros, sus hijos, al resucitar a Jesús; como también está escrito en el salmo segundo: ‘Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy’. Y en cuanto a que lo levantó de entre los muertos, para no volver más a corrupción, dijo de esta manera: ‘Yo les daré las misericordias firmes de David’”. —Hechos 13:32-34; Sl. 2:6,7; Isa. 55:3

Así como era una buena nueva que el que se sentaría en el trono de David para siempre había nacido, también era una buena nueva que, cuando sus enemigos lo mataron, sirviendo así como cohortes de Satanás en sus esfuerzos por frustrar el mandato divino, Dios resucitó de entre los muertos a este David mayor. ¿Podemos dudar

del triunfo del plan del Padre para la salvación y la paz de la raza humana cuando se puede utilizar un poder como este para asegurar su conclusión exitosa? Es mediante el ejercicio de tal poder todopoderoso que la autoridad de Dios se establecerá en la tierra.

ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE DIOS

En el reino de Dios, bajo el gobierno de Cristo y sus fieles seguidores, las personas y las naciones del mundo querrán que se les enseñen los caminos del Señor; y cuando lo hagan, ya no aprenderán la guerra ni practicarán las artes de la guerra. Todo el tiempo y los recursos que ahora se dedican a la fabricación de municiones de guerra se destinarán a fines pacíficos. Entonces, habrá seguridad para todos. —Sl. 46:9; Isa. 2:4; Za. 9:10

En aquel tiempo, nadie atemorizará al pueblo. Hoy el mundo está lleno de miedo. En este mismo momento, a medida que el año 2023 llega a su fin, existe el temor de una escalada de guerras, revoluciones, recesiones o depresión económicas, crecientes conflictos sociales, extremismo político en múltiples lados y una creciente bancarrota moral, solo por nombrar algunos. No hay paz ni seguridad genuinas en ninguna parte. Es como si el mensaje de paz y buena voluntad de los ángeles sobre la tierra nunca hubiera sido proclamado. Esto se debe a que vivimos al final de la era en la que, como lo predijeron los profetas, el imperio de Satanás, el “dios de este mundo”, está siendo derrocado por medio de un “tiempo de angustia, uno que nunca ha existido desde que hubo una nación”. —2 Cor. 4:4; Ap. 20:2,3; Dan. 12:1; Mat. 24:21,22

A quienes no están iluminados por las profecías de la Biblia acerca del significado de la actual “angustia de las naciones”, les parece como si el mensaje angelical

de paz en la Tierra fueran simplemente palabras vacías. (Lucas 21:25) Esto ha llevado a una comprensión incorrecta de la proclamación de los ángeles. En lugar de paz en la tierra y buena voluntad hacia los hombres, ahora se dice con más frecuencia “paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad”.

El mensaje angelical, sin embargo, fue que la paz vendría a la tierra, no debido a la buena voluntad de la humanidad caída hacia los demás, sino porque la buena voluntad y el propósito de Dios hacia sus criaturas humanas se estaban manifestando a través del nacimiento de Jesús como el Salvador y futuro Rey del mundo. La buena voluntad de Dios hacia los hombres se había demostrado en sus promesas de enviar un Salvador, y mucho más cuando nació el Salvador. La buena voluntad de Dios para con el mundo de la humanidad se demostró aún más al resucitar a Jesús de entre los muertos.

Aunque no reconocida por el mundo, la buena voluntad de Dios ha continuado a través de la preparación de los seguidores de Jesús para vivir y reinar con él en su reino. Con el tiempo, el mundo reconocerá la abundante gracia de Dios mediante la resurrección de estos de entre los muertos para que puedan asociarse a Jesús en la dispensación de las bendiciones del reino de paz y vida a las personas de todas las naciones.

BUENA VOLUNTAD MANIFESTADA ENTRE EL PUEBLO

La buena voluntad de Dios debe manifestarse mediante el ejercicio del control gubernamental sobre toda la humanidad. Esto será por medio de ese gobierno predicho sobre el hombro del Príncipe de la Paz. A través de ese gobierno justo y correcto prometido desde hace mucho tiempo, el pueblo tendrá asegurada la paz y la

seguridad, y se le dará la oportunidad, mediante la obediencia, de ser restaurado a la perfección y vivir para siempre. Todo esto será resultado de la buena voluntad de Dios hacia sus criaturas humanas.

Finalmente, y como consecuencia de la educación de la humanidad en la justicia y el amor durante el reino de Cristo, todos los que estén dispuestos y sean obedientes entre la humanidad aprenderán qué es la “paz en la tierra” verdadera y duradera. También aprenderán a extender la buena voluntad, las buenas obras y el amor hacia sus semejantes durante todas las eras de la eternidad; todo esto como consecuencia de aquellas noticias “provenientes de Belén”, proclamadas por los ángeles hace tanto tiempo. ■